

MAGICIAN TALIDOR LUMINUS

Marcado por la magia



Antonio J. Fernández Del Campo

PRÓLOGO

*U*na muchacha de pelo castaño caminaba por las calles

de la milenaria ciudad de Calagoth. Tenía ojos almendrados, soñadores, embaucadores pero inocentes. Su delicada nariz y sus preciosos ojos marrones la hacían atractiva, pero sus perfectas curvas escondidas bajo su vestido de cuero provocaban que los jóvenes y no tan jóvenes le dedicaran una fugaz mirada cuando pasaba junto a ellos. Cierta señor distinguido la miró de reojo y un muchacho giró su cabeza a su paso, que recibió una bofetada de su mujer porque la miró embobado sin pudor alguno.

Marilia avanzaba entre el gentío de una calle comercial repleta de gente madrugadora e inquieta con tendencia a hablar a grandes voces. Atravesar la plaza de Calagoth era el único camino seguro hasta su destino

ya que las calles y recovecos que no pasaban por allí estaban repletas de vagabundos, borrachos y delincuentes. La calle principal al menos tenía la multitud y algún que otro soldado patrullaba la calle.

Los vendedores no se cansaban de gritar anunciando sus preciosos y variados artículos. Una mujer con un mandil y gorro de cocina gritó que no había mejor tarta que las que ella vendía. Al pasar de largo el vecino llamó su atención sobre sus deliciosas compotas. El siguiente no perdió la ocasión de ofrecerle dos blusas blancas al precio de una y el que le seguía ofreció jugosas empanadas de carne y tomate que olían realmente bien. Lo que realmente consiguió atrapar la atención momentánea de la chica fue la mujer que menos gritaba y que vendía capas, zapatos y bolsos. Por último estaba el herrero, que en lugar de gritar se limitaba a forjar un nuevo acero de aspecto impresionante y sus martillazos provocaban dolor de cabeza. Sin embargo Marilia trató de no prestar atención a tantas cosas y consiguió abrirse camino hacia la calle vecina, la avenida central.

Al acabarse la plaza, se acabaron los puestos ambulantes. Se veían enormes jardines, con rosales y fuentes, en los que había senderos por los que poder pasear y bancos para disfrutar del Sol. Sin embargo uno de los bancos estaba ocupado por un mendigo harapiento que tenía la cara marrón por la suciedad y apestaba a vino. Su voz lastimosa hizo sentirse culpable a la chica por pasar de largo sin siquiera mirarlo.

Se detuvo frente a una de las casas y golpeó la madera con el aldabón de acero oscuro. Sus golpes secos retumbaron en su interior, como un canto golpeando las paredes de un pozo al caer.

Se escucharon pasos lentos en su interior y al cabo de unos instantes alguien abrió con pesadez la puerta.

- Buenos días - se asomó una mujer regordeta con un delantal grasiento colgando de la cintura.

- ¿Está Cabise? - preguntó Marilia.

- No lo sé, hija mía - la sirvienta se apartó a un lado dejándola entrar -. Lo último que oí fueron los gritos que le soltó a su padre hace un rato por otra discusión.

La joven apenas la hizo caso pues entró por el largo y lujoso pasillo dejándola atrás. Las paredes del recibidor tenían enormes cuadros con paisajes de montañas nevadas y mares embravecidos. Ella se dirigía al jardín y esta vez no les prestó atención como otros días que solía admirarlos mientras esperaba a Cab.

- Desde que conoció a aquel vagabundo se ha vuelto muy raro -

añadió la sirvienta con mueca de desagrado -. Lleva ropa extraña y a veces le he sorprendido hablando en un idioma raro. Es como si le hubieran poseído los demonios - hablando ya para si misma -. Es una pena, acabará tan mal como su amigo de la calle.

La chica salió al jardín de la casa y vio a un hombre sentado en uno de los bancos de piedra que había junto a la fuente. Tenía la cabeza sujeta por ambas manos y con los dedos de la mano derecha sostenía un pergamino. Ella rodeó la fuente del centro del jardín, en la que un fornido sireno de piedra apuntaba con un tridente hacia el cielo.

El hombre sostenía un pergamino y miraba al infinito cuando ella se acercó a él.

- ¿Marilia? - se sorprendió al verla.

- Señor Quenufal, ¿está Cabise?

- No sé donde está ni me importa, ya no es hijo mío - dicho esto se levantó y le dio la espalda a la joven.

Marilia escuchó unos lamentos tras ella. Se dio la vuelta y vio que una señora vestida de azul lloraba junto a una puerta que daba al jardín.

- Pero, ¿dónde está?

- Se ha vuelto loco - contestó el padre, con tono obsesivo -. No atendía a razones. Le dije que esa fijación suya por las supercherías le iban a arruinar la vida y no quiso escucharme, me enseñó esto. Esta maldita secta le está pidiendo que haga un peligrosísimo viaje - agitó en el aire el pergamino que tenía en la mano -. ¡Me pidió dinero!... ¡A mí! Me dijo que si no podía asumir lo que era, se marcharía por su cuenta y no volvería nunca. Le dije que si hacía ese viaje que no se molestara en volver porque las puertas de esta casa estarían cerradas para él, para siempre. Que si quería volver a esta casa debía apartarse de esa secta de locos y quemar todos sus estúpidos libros y vestir como una persona cabal. ¿Es tan difícil ser normal, Marilia? Tú que eres tan razonable, no me explico por qué sigue insistiendo en jugar a los magos. Le he dicho cientos de veces que la magia es maligna y que se aleje de ella... Este chico solo sabe martirizarnos, estoy seguro de que todo esto lo hace solo para llevarnos la contraria.

A Marilia se le encogió el corazón al oír los lamentos de la madre. "¿Qué has hecho Cab?" - se dijo a sí misma. Sabía que Cabise y su padre tenían sus diferencias y discusiones de vez en cuando, pero nunca se había marchado de casa ni habían llegado tan lejos.

- ¿Qué es eso? - preguntó con miedo, señalando el pergamino que le había mostrado el padre.

Después de un hondo suspiro, obligándose a sosegar su ánimo,

Donier respondió.

- Esta noche llegó un cuervo y le entregó esto.

- ¿Quién lo envió? - preguntó Marilia.

Donier miró el pergamino que tenía entre las manos antes de dárselo a Marilia.

- Un loco llamado Melmar. Debe ser el líder de esa panda de chiflados que se dejan engatusar por sus trucos. Cuando lo leyó, bajó entusiasmado, como poseído por mil demonios. Cuando le pregunté qué le pasaba me lo enseñó y me dijo que esta era la prueba de que sus estúpidos estudios no habían sido inútiles. Leí la carta, asombrado, una estúpida carta de un chiflado como él... ¡No! Aún peor, alguien que ya había perdido toda su vida en esas mentiras y supercherías. Creí que había aprendido después de lo de Omabis. Ese viejo loco recibió lo que se merecía, lo hizo marchar lejos y creímos que lo había matado... Maldita sea, nunca nos perdonó que denunciáramos a ese mendigo. No ha vuelto a ser el mismo después de aquel viaje... Me dijo que la magia era su vida y que algún día me demostraría lo importante que era para él estudiar magia con ese tal Melmar. Me pidió dinero - Donier negó con la cabeza -. ¿Qué hemos hecho mal? - dicho eso miró a su mujer, que seguía llorando -. Le dije que si pretendía acudir a esa cita le pidiera a ese... chiflado,... que le hiciera un hueco en su casa para siempre porque no quería volver a verlo más. Me miró... no dijo nada... y salió por la puerta. Yo estaba loco, furioso, quería abofetearlo para que entrara en razón.

- ¿Se marchó de casa para siempre? - Preguntó ella, asombrada.

- No creo que vaya muy lejos - repitió Donier -. No llevó más que su túnica. Pero tú le conoces mejor que yo, tú sabrás donde encontrarle.

Marilia cogió el pergamino y lo desenrolló dejando al descubierto el contenido escrito con tinta negra y con caligrafía temblorosa pero perfectamente legible.

- A ver si puedes convencerlo de que vuelva a casa, hija - suplicó la madre con voz quebrada -. Dile que siempre será bienvenido y que su padre no habló en serio. Por favor, sabemos cuánto te quiere. A ti te hará más caso.

Donier le respondió con una mirada desafiante, aunque no replicó. Marilia veía el dolor en sus miradas pero por encima del dolor notaba que ambos estaban deseando borrar lo que había pasado ese día y querían volver a ver a su hijo en casa cuanto antes.

- Creo que puedo encontrarlo - dijo ella, con tono conciliador -. Pero he intentado cientos de veces que se olvide de la magia y no me he hecho caso.

Dicho eso extendió el pergamino y se dispuso a leerlo:

Torre de la Alta Magia de Sachred.

Estimado joven. Es bien sabido que eres el más joven de los magos neutrales. Ya soy mayor y mi prohibición de formar acólitos termina dentro de diez días. Por ello quiero instruir a un mago neutro y tú eres uno de los pocos que quedan.

Quizás no desees ser un mago oscuro, pero no debes hacer caso de las leyendas que nos tachan de asesinos.

Después de un año como iniciado, ya debes saber que la magia no es ni buena ni mala, que en este mundo todo depende del modo en que utilices tus conocimientos y tu poder.

Si deseas dedicarte al bien, necesitas conocer el poder de la oscuridad.

Si deseas desatar tu poder para imponerte a otros, necesitas mis conocimientos legendarios para anticiparte a todos tus enemigos.

Piénsalo, pues mis conocimientos sobre los escritos antiguos son únicos, nadie conoce la magia como yo y con mi muerte, te convertirías en el mago más poderoso del mundo.

Cualquier mago mataría por alcanzar tan valiosos conocimientos. Por ello he invitado a tus hermanos de orden:

Welldrom, el elfo oscuro, y Mikosfield, Señor del castillo Maldito.

Solo elegiré a un aprendiz y valoraré positivamente los métodos que utilicéis para impedir que vuestros rivales lleguen hasta aquí.

Si decides aceptar este reto, te deseo suerte, joven Cabise.

El camino de la magia no es fácil y requiere sacrificios.

Te espero.

Melmar.

Señor de la Torre de la Alta Magia de Sachred.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

